

llo, el *Macareno* empujaba rabioso a su hermano de leche para que dejara la ubre de su madre y cuando estaba de pie le metía el testuz en los costados para derribarlo. El *Trianero* lo dejaba hacer resignado, manso, sin enfadarse y sin tomar represalias y con sus ojillos tiernos miraba cariñosamente a su nodriza, como si en un lenguaje maravilloso, elocuente en su mudez, le dijera: "No soy cobarde; pero es tu hijo y lo respeto". La vaca entonces parecía comprender y, habilidosa, daba un topetazo al hijo mal educado y rabioso, para que dejara en paz al otro becerrillo.

Separados ya de la vaca, los dos becerros habían pasado al cerrado de los añojos, luego al de los erales; allí el *Macareno* no se atrevió a enfrentarse con su hermano de leche; pero lo miraba siempre con las pupilas enrojecidas y mugiendo de rabia. De bonita estampa los dos, de fina y bien colocada cornamenta, bermejo uno y el otro negro, eran los novillos más bien plantados y más bravos de la camada. Ni uno ni otro defraudaron las esperanzas que tenía puestas en ellos el conocedor. Cuando llegó el día de la tienta causaron el asombro de los garrochistas por la acometividad y el poderío. Eran dos bichos de cartel, que, al lidiarse, sin duda alguna darían nombre y gloria al ganadero.

De cuatreciños los dos no volvieron a mirarse frente a frente. ¿Se respetaban? ¿Se temían? Uno y otro en el nuevo cerrado habían buscado los sitios de la querencia y los *fechíos* en sentidos opuestos y a una gran distancia. Cuando se reunían con los otros cuatreciños, si el *Trianero* iba delante, el *Macareno* se detenía y mezclábase con los toros más zagueros. Ni uno ni otro se impusieron en la camada como toros chulos o mandones. Eran bravos y de poder nada más, pero no hacían alarde de sus fuerzas, ni cometieron nunca la injusticia de disputarle el terreno de buen pasto a las reses débiles. Tampoco hubieran consentido que allí le disputaran el terreno ningún mandón. Durante la permanencia en el cerrado de los cuatreciños, del toro bermejo y del toro negro no hubo que lamentar ningún incidente desagradable. Una pura Arcadia. Ni mandones ni *abochornaos*. Ni una cornada traicionera en aquella ejemplarísima congregación de cuadrúpedos de la cual tanto tendrían que aprender algunas sociedades de bipedos. ¿Era la prestancia del *Trianero* y del *Macareno* lo que influía en el bienestar de todos? Porque hasta los cuatreciños

Quando llegó el día de la tienta causaron el asombro de los garrochistas por la acometividad y el poderío.



Martín de León